

Mad. de Balbi y Mad. de Gayla: todas estas personas amadas eran favoritos.

Luis XVIII se nos apareció en toda la profundidad de las tradiciones históricas, y se mostró con el favoritismo de las antiguas monarquías. ¿Se produce en el corazón de los monarcas aislados un vacío que llenan con el primer objeto que encuentran? ¿Es esto simpatía, amistad de una naturaleza análoga a la suya? ¿Es una amistad que les cae del cielo para consolar sus grandezas? ¿Es una inclinación hacia un esclavo que se da en cuerpo y alma, ante el cual no se oculta nada, esclavo que se hace una idea fija unida á todos los sentimientos, á todos los gustos, á todos los caprichos de aquel á quien ha sometido y á quien tiene bajo el imperio de una fascinación invencible? Mientras mas bajo é infimo ha sido el favorito, menos se le puede despedir, porque está en posesión de secretos que harían ruborizar si fuesen divulgados: este preferido tiene una doble fuerza en su infamia y en la debilidad de su señor.

Cuando el favorito es por casualidad un grande hombre como Richelieu ó Mazarino, detestándole las naciones, se aprovechan de su gloria ó de su poder: entonces solo cambian un miserable rey de derecho por un rey ilustre de hecho.

MR. DECAZES.

Tan pronto como Mr. Decazes fue nombrado ministro, los carruajes invadieron el muelle Malagnais para depositar en el salón del afortunado todo lo que había de mas noble en el barrio de Saint-Germain. Por mas que haga el francés, nunca será mas que un cortesano, no importa de quien, con tal que sea un poderoso del día.

Pronto se formó en favor del nuevo favorito una coalición formidable de necios. En la sociedad democrática, charlad de libertades, declarad que veis la marcha del género humano y el porvenir de las cosas, añadiendo á vuestros discursos alguna cruz de honor, y estais seguro de vuestra plaza; en la sociedad aristocrática, jugad al wisth, presentad con un aire grave y profundo lugares comunes y buenas palabras arregladas de antemano, y está asegurada la fortuna de vuestro genio.

Compatriota de Murat, pero de Murat sin reino, Mr. Decazes nos había venido de la madre de Napoleón. Era familiar, urbano, jamás insolente, y aunque me quería bien, no sé por qué me cuidaba yo muy poco de ello, y de aquí vino el principio de mis desgracias. El rey le colmó de beneficios y de influjo, y le casó mas tarde con una persona muy bien nacida, hija de Mr. de Saint-Aulaire. Verdad es que Mr. Decazes servía demasiado bien á la monarquía; él fue quien desenterró al mariscal Ney de las montañas de Auvernia, donde se había ocultado.

Fiel á las inspiraciones de su trono, Luis XVIII decía de Mr. Decazes: «Yo lo elevaré tan alto, que dará envidia á los mas grandes señores.» Estas palabras, tomadas de otro rey, eran un anacronismo; para elevar á los otros es preciso estar uno seguro de no descender, y en el tiempo á que Luis XVIII había llegado, ¿qué eran los monarcas? Si aun podían hacer la fortuna de un hombre, no podían ya hacer su grandeza; ya no eran mas que los banqueros de sus favoritos.

Mad. de Princeteau, hermana de Mr. Decazes, era una persona agradable, modesta y excelente; el rey se había enamorado de ella en perspectiva. Mr. Decazes, padre, á quien vi en la sala del trono con cascaca, espada ceñida y sombrero debajo del brazo, no tuvo sin embargo éxito alguno.

En fin, la muerte del duque de Berry acreció las enemistades de una parte y otra, y produjo la caída del favorito. Ya he dicho que sus pies se le deslizaron

en la sangre; lo cual no significa, no lo permita Dios, que fuese culpable del asesinato, sino que cayó en la mar enrojada que produjo el cuchillo de Louvel.

SE ME BORRA DE LA LISTA DE LOS MINISTROS DE ESTADO.
— VENDO MIS LIBROS Y MI POSESION.

Me había opuesto al secuestro de *La Monarquía segun la carta*, para ilustrar á los realistas engañados y para sostener la libertad del pensamiento y de la prensa, y abracé francamente unas instituciones á las cuales siempre he permanecido fiel.

Después de estas bastardías, me resentí de las heridas sangrientas que se me habían hecho al aparecer mi folleto, y no me fue posible tomar posesión de mi carrera política sin llevar á ella las cicatrices de los golpes que se me asestaron al emprenderla; me encontraba mal, y no me era dado respirar.

Poco tiempo después, un decreto, que tenía la firma de Richelieu, me borró de la lista de los ministros de Estado, privándome de una plaza tenida hasta entonces como inamovible: dicha plaza se me había concedido en Gante, y con ella desapareció también para mí la pensión que disfrutaba; me hirió la misma mano que había asido á Fouché.

He tenido el honor de ser arruinado tres veces por la legitimidad; la primera por haber seguido al hijo de San Luis á su destierro; la segunda por haber escrito en favor de los principios de la monarquía otorgada, y la tercera por haber guardado silencio respecto á una ley funesta, cuando precisamente hacia que triunfasen nuestras armas: la guerra de España reunió las tropas á la bandera blanca, y de haberme sostenido en el poder, hubiera fijado nuestras fronteras en las orillas del Rin.

Mi naturaleza me hizo completamente insensible á la pérdida de mis pensiones: todo se desquitó con andar á pié y con ir en fiacre, cuando llovía, á la cámara de los Pares. Con mi traje popular, y bajo la protección de la gente baja que me rodeaba, entré á disfrutar de los derechos de la clase proletaria, de la cual formaba parte, y desde mi carro desafiaba el soberbio tren de los reyes.

Me vi precisado á vender los libros, y Mr. Merlin los puso á pública subasta en la sala silvestre (calle de Bons-Enfants.) Solo conservé un Homero griego, en cuyos márgenes había algunas traducciones y notas de mi puño. No tardé mucho en tener que tocar la parte mas sensible, pidiendo al ministro del Interior permiso para rifar mi casa de campo, abriéndose el despacho de números en casa del escribano Mr. Denis. La rifa constaba de noventa billetes, de mil francos cada uno, y los realistas no los tomaron. La señora duquesa de Orleans pidió tres, y uno mi amigo Mr. de Lainé, ministro del Interior, que había firmado el decreto de 5 de setiembre, y consentido en el consejo que se me borrara de la lista, valiéndose para verificarlo de un nombre supuesto. No habiéndose podido verificar la rifa se devolvieron las sumas á los tenedores de billetes, mas no por eso quiso retirar Mr. Lainé sus mil francos, y se los dejó al escribano para los pobres.

Poco tiempo después se vendió asimismo mi posesión de Aulnay en la plaza de Chatelet, como se venden los muebles del pueblo bajo. Mucho sentí entonces este suceso, porque tenía una afición decidida á aquellos árboles, que se habían desarrollado y engrandecido, por decirlo así, en medio de mis recuerdos. El tipo era de cincuenta mil francos, y fue cubierto por el vizconde de Montmorency, que solo se atrevió á pujar cien francos; quedó, pues, por suya la finca, y la ha habitado después; pero no es bueno mezclarse con mi suerte.

CONTINUACION DE MIS DISCURSOS EN 1817 Y 1818.

En el mes de noviembre de 1816 continué mis trabajos, después de la publicación de *La Monarquía segun la Carta* y la apertura de la nueva asamblea. En la sesión del 23 del mismo mes presenté á la cámara una proposición, reducida á que se suplicase al rey tuviese á bien mandar que se examinase cuanto había pasado en las últimas elecciones. La corrupción y la violencia del ministerio fueron palpables en ellas.

En 21 de marzo de 1817 me levanté contra el título XI del proyecto de ley de hacienda: tratábase de los bosques del Estado, que se querían afectar á la caja de amortización, y de los cuales se querían vender al momento ciento cincuenta mil hectáreas. Aquellos bosques se componían de tres clases de propiedades; á saber: de los antiguos dominios de la corona, algunas encomiendas de la orden de Malta, y el resto de bienes de la Iglesia. No sé por qué encuentro hoy un triste interés en mis propias palabras de aquella época: tal vez sea por la analogía que guardan con mis *Memorias*.

«A pesar de las teorías de los que solo han administrado las rentas públicas en tiempos de revueltas, el crédito no es una prenda material, sino la consecuencia de la moralidad de una nación. ¿Harán valer esos nuevos propietarios los títulos de su reciente propiedad? Se les citará, para despojarles de herencias de nueve siglos robadas á sus antiguos dueños. En vez de los bienes inmuebles, patrimonio en que las familias sobrevivían á las mismas encinas, tendréis propiedades móviles, en que las plantas tendrán apenas el tiempo necesario para nacer y morir antes que cambien de amo. Los pacíficos hogares cesarán de ser los depositarios de las costumbres domésticas, y perderán su venerable autoridad; tampoco se verán consagrados los caminos de travesía por el sillón del abuelo y la cuna de su nieto.

«Pares de Francia, no defiende mi causa, sino la vuestra; os hablo en interés de vuestros hijos; en cuanto á mí, nada tendré que disputar con la posteridad, porque no tengo heredero; he perdido cuanto dejó mi padre, y pronto cesarán de ser míos algunos árboles que he plantado.»

REUNION PIET.

Por la semejanza de opiniones, á la sazón muy viva, se había establecido una especie de amistad entre las minorías de ambas cámaras. La Francia aprendía entonces el gobierno representativo, y como yo cometía la necesidad de entenderlo al pié de la letra y de apasionarme de él, sostenía á los que lo adoptaban, sin cuidarme de investigar si no entraban en su oposición mas motivos humanos que amor patrio, tan puro como el que yo sentía por la carta. No me tenía ciertamente por un simple, pero idolatraba el objeto de mi opinión, y hubiera atravesado una hoguera á fin de salvarlo. Entonces fue, en 1816 y en medio de aquel acceso constitucional, cuando conocí á Mr. de Villele. Estaba mas tranquilo, se sobreponía á su mismo ardor, y pretendía conquistar así la libertad, pero ponía el sitio en regla y abría metódicamente la brecha; yo, por el contrario, me empeñaba en tomar la plaza de un solo golpe de mano; subía á la brecha, y continuamente me veía arrojado en el foso.

Encontré por primera vez á Mr. de Villele en casa de la señora duquesa de Levis, pues había llegado á ser el jefe de la oposición realista en la cámara Electiva; así como yo lo era en la Hereditaria. Conservaba la amistad de su colega Mr. de Corbiere, que siempre

estaba unido á él, y se decía *Villele y Corbiere*, como se dice *Píldes y Orestes ó Niso y Eurialo*.

Me parece propio de una vanidad ridícula entrar en pormenores fastidiosos acerca de personas, cuyos nombres nadie pronunciará mañana; creo, pues, que los oscuros movimientos que afectan un grande interés, al paso que á nadie interesan, y el baturrillo de opiniones que no han determinado suceso alguno de consecuencia, deben ocupar únicamente á los dichos inocentes, que se figuran ser ó haber sido objeto de la atención de sus semejantes.

Había con todo momentos de orgullo, en que mis discusiones con Mr. de Villele me parecían como los altercados de Sila con Mario, ó de César con Pompeyo. Continuamente íbamos con los demás miembros de la oposición á la calle de Teresa, y á pasar la noche deliberando en casa de Mr. Piet. Llegábamos de cualquier manera, y nos sentábamos en un salón iluminado por una lámpara que gotaba. En aquel antro legislativo hablábamos de la ley presentada, de la moción que debía ponerse en tela de juicio, y del amigo á quien convenía nombrar secretario, ó hacerle entrar en tal ó cual comision. Todos discutíamos á un tiempo, y nos parecíamos bastante á los que formaban las reuniones de los primeros fieles, segun la pintura que de ellas nos hacen los enemigos del cristianismo. Allí se difundían las malas noticias, se aseguraba un cambio en los negocios públicos, trastornos en Roma y desastres en nuestros ejércitos.

Mr. de Villele escuchaba, reasumía y no cerraba las deliberaciones; era allí el verdadero hombre político, y á fuer de marino prudente, nunca se daba á la vela durante la tempestad. Noté muchas veces, con motivo de nuestra polémica acerca de la venta de los bienes del clero, que los mas religiosos eran aquellos que con mas ardor defendían las doctrinas constitucionales. La religión es la fuente de la libertad: en Roma el *flamen dialis* solo llevaba en el dedo un anillo hueco, porque á haber sido macizo, hubiera parecido formar parte de una cadena; tampoco debía tener el menor nudo el pontífice de Júpiter en sus vestiduras ni en su cabeza.

Después de concluidas las sesiones, se retiraba Mr. de Villele acompañado de Mr. de Corbiere. Yo examinaba á muchos individuos, me enteraba de muchas cosas, y hacía infinitas observaciones interesantes en aquellas reuniones, y así aprendía, menos lo relativo á hacienda, que ya sabía, todo lo concerniente al ejército, á la administración de justicia y al gobierno general del país: salía de ellas algo mas hombre de Estado, ó tal vez mas convencido de la pobreza é inutilidad de tan hermosas teorías científicas. Luego en la alta noche contemplaba yo medio dormido las diversas actitudes de aquellas cabezas, y la variada expresión del rostro de aquellos Solones que tan poco cuidaban al parecer de su ornato personal: no cabe duda que su aspecto era venerable; pero yo hubiera preferido oír la golondrina que me despertaba en mi juventud, y ver las musas que acompañaban todos mis sueños. Los rayos de la aurora que al tocar á un cisne proyectaban su sombra en una ola de oro, y el sol que al levantarse me parecía un nido de fénix suspendido en la copa de la palmera al pié de cuyo tronco lo contemplaba yo en la Siria, me hubieran sido mucho mas gratos.

EL CONSERVADOR.

Conocía que mis combates de tribuna en una cámara cerrada y en medio de una asamblea que me era poco favorable serían inútiles para alcanzar la victoria y que por lo mismo necesitaba otras armas. Establecida ya la censura para los periódicos diarios, solo podía conseguir mi intento por medio de otro semi-cotidiano, en el cual me proponía combatir el sistema del

ministerio y las opiniones de la extrema izquierda, que defendía Mr. Esteban en la *Minerva*. Hallábase en Noisiel, en casa de la señora duquesa de Levis, en la primavera de 1818, cuando fue á verme mi librero, Mr. Lenormant, á quien di noticia del pensamiento que me ocupaba. Lo apoyó con entusiasmo, y ofrecióse á correr el riesgo y á sufragar todos los gastos: hablé en seguida con mis amigos, les pregunté si querían asociarse, consintieron, y no tardó en aparecer el periódico con el título de *El Conservador*.

La revolucion que obró fue inaudita; en Francia cambió la mayoría de las dos cámaras, y en el extranjero transformó el espíritu de los gobiernos.

Los realistas me debieron la ventaja de haerles salir de la nada, en la cual yacían á vista de los pueblos y de los reyes, y puse la pluma en las manos de las mas grandes familias de la nacion. Convertí en periodistas á los Montmorency y á los Levis; convoqué á la nobleza, é hice que el feudalismo marchase á defender la libertad de la prensa, reuniendo á los hombres mas señalados del partido realista, como Villele, Corbiere, Vitrolles, Castelbajac y otros muchos. Bendecía á la Providencia siempre que veia protegidas las páginas de *El Conservador* por algun príncipe de la Iglesia, ó cuando llegaba á mis manos un artículo con la firma *el cardenal de la Luzerne*. Succedió, sin embargo, que despues de haber conducido á mis héroes á la cruzada constitucional, no bien conquistaron el poder y llegaron á llamarse príncipes de Edesa, de Antioquia y de Damasco; cuando se encerraron en sus nuevos Estados con Leonor de Aquitania me dejaron abandonado y confundido al pié de los muros de Jerusalem, cuyo sepulcro volvieron á coger los infieles.

Mi polémica dió principio en *El Conservador*, y duró desde 1818 hasta 1820; es decir, hasta el restablecimiento de la censura, á la cual sirvió de pretexto la muerte del duque de Berry. En aquella primera época hice caer el antiguo ministerio, y abrí á Mr. de Villele las regiones del poder.

Despues de 1824, cuando volví á publicar algunos folletos y á escribir en el *Diario de los Debates*, habian cambiado mucho las respectivas posiciones. Pero, ¿qué me importaban aquellas miserias, supuesto que jamás he creído que pertenezco á otra época, que no tengo fe en los reyes ni convicción en los pueblos que de nada me cuido, á excepcion de los sueños de mi fantasía, á condicion de que solo duren una noche?

El primer artículo de *El Conservador* pinta la situacion de las cosas cuando yo me presenté en la palestra. Tuve ocasion de conocer á fondo la infamia de aquella *correspondencia secreta* que la policia de París publicaba en Londres. Ese género de escritos puede calumniar, mas no deshonrar; lo que es vil no tiene el poder de envilecer; solo al honor está reservada la ventaja de castigar á los hombres con la animadversion pública. «Calumniadores anónimos, les dije: tened valor para decir quiénes sois; la vergüenza pasa pronto para vosotros; añadid vuestros nombres á vuestros artículos, y solo tendremos que despreciar una palabra mas en cada uno de ellos.»

Algunas veces me burlaba de los ministros, y cedia á la propension irónica que siempre me he echado en cara.

En fin, el número de *El Conservador* de 5 de diciembre de 1818 contenia un artículo serio acerca de la moral de los intereses y la de los deberes: de él nació la fraseología *intereses morales é intereses materiales*, que yo adopté y que despues han adoptado todos los escritores. Lo publico hoy algo abreviado, porque se eleva sobre las proporciones de un artículo de periódico, y porque mi razon le adjudica cierto valor. No ha envejecido, pues las ideas que encierra corresponden á todas las edades.

DE LA MORAL DE LOS INTERESES MATERIALES Y DE LA DE LOS DEBERES.

«El ministerio ha inventado una moral nueva; la moral de los intereses: la de los deberes se abandona á los imbeciles. Pues bien, la primera sobre la cual se pretende fundar el gobierno, ha corrompido mas al pueblo en tres años, que la revolucion en la cuarta parte de un siglo.

«Lo que hace desaparecer la moralidad en las naciones; lo que hace desaparecer á las mismas naciones con la moralidad, no es la violencia, sino la seducción, entendiéndose por esta todo lo que tienen de halagüeno y especioso las falsas doctrinas. Los hombres equivocan muchas veces el error con la verdad, porque cada facultad del corazon ó del entendimiento posee una falsa imagen; la frialdad se confunde con la virtud; el discutir con la razon, lo vacío con lo profundo y así lo demás.

«El siglo XVIII fue destructor; todos fuimos seducidos, desnaturalizamos la política, y nos perdimos en novedades culpables, buscando la existencia social entre la corrupcion de nuestras costumbres. La revolucion vino á despertarnos, á arrebatarnos los sucesos de sus lechos y á convertir á estos en cadalsos. Y sin embargo, de todas las épocas de la revolucion, la del terror fue tal vez la menos peligrosa para la moralidad, porque las conciencias eran libres y el crimen aparecía en su desnudez. Orgías entre torrentes de sangre, escándalos, que ya no merecian este nombre por el horror que inspiraban, á esto se reducía todo. Las mujeres del pueblo se establecian para sus trabajos alrededor de la guillotina, lo mismo que en sus hogares; el cadalso reasumía las costumbres públicas, y la muerte el pensamiento del gobierno. Todas las situaciones eran claras, y no se hablaba de *especialidades*, de cosas positivas, ni de sistemas de intereses. Se decía á un hombre: —Tú eres realista, noble y rico; pues muere,» y en efecto, moría. Antonelle escribía que aunque no encontraba pruebas contra los presos, los habia condenado como aristócratas; Monstruosa franqueza, que no obstante dejaba subsistente el orden moral, porque no perturba la sociedad el inocente cuando muere como tal, sino cuando se le inmolaba como culpable!

«Aquellos tiempos fueron por lo tanto épocas de grandes sacrificios. Así se vió entonces á las mujeres dirigirse heroicamente al suplicio; muchos hijos se libertaron por sus padres, muchos padres por sus hijos; introducíanse en las cárceles auxilios inesperados y el sacerdote á quien se buscaba consolaba á la víctima al lado del verdugo, que no lo conocía.

«La moralidad, bajo el régimen del directorio, tuvo que combatir mas bien la corrupcion de las costumbres que la de las doctrinas. Los placeres ocuparon el lugar de las cárceles, y se quería obligar al tiempo presente á que adelantase goces para el porvenir, por temor de que volviesen las desdichas pasadas. Como nadie habia tenido tiempo para crearse ocupaciones interiores, todos vivian en las calles, en los paseos, en las grandes tertulias. Familiarizado el pueblo con los cadalsos, nada malo esperaba como consecuencia de su disipacion. Solo se trataba de bailes, de artes, de modas, y se mudaba de adornos y de trajes, como se hubiera abandonado la vida.

«Mandando Bonaparte comenzó la seducción, pero su remedio se encerraba en sí misma: Bonaparte seducía por el prestigio de la gloria, y todo lo que es grande lleva consigo un prestigio de legislacion: conocia además la utilidad de permitir que se enseñase la doctrina de todos los pueblos, la moral de todos los tiempos y la religion de toda la eternidad.

«No hubiera extrañado que se me contestase; fundar la sociedad es un deber, porque así se la eleva so-

bre una ficcion; colocarla en un *interés*, es establecerla en una *realidad*. Luego el *deber*, es precisamente un hecho, y el *interés* una ficcion: el deber que tiene un origen divino desciende hasta la familia, en la cual establece relaciones entre padres é hijos; desde allí se divide en dos ramas; arregla en el orden político las relaciones del rey y del súbdito, y organiza el orden moral, la cadena de los servicios y de las protecciones, de los beneficios y del reconocimiento.

«El deber, por lo tanto, es un hecho positivo, supuesto que proporciona á la sociedad la única existencia durable á que puede aspirar.

«El interés, por el contrario, es una ficcion, cuando se le toma, como hoy se hace, en su sentido físico y riguroso, por lo mismo que no es por la mañana lo que es por la noche; por lo mismo que á todos momentos cambia de naturaleza; por lo mismo que tiene toda la movilidad de la fortuna.

«Por medio de la moral de los intereses, cada ciudadano se encuentra en estado de hostilidad con las leyes y el gobierno, porque en la sociedad siempre sufre el mayor número. Ya no se baten los hombres por ideas abstractas del orden, de paz y de patria, ó si lo hacen es porque en ello pueden encontrar sacrificios, en cuyo caso abandonan la moral de los intereses y abrazan la de los deberes. Tan cierto es que fuera de estos límites no hay existencia para la sociedad!

«El que cumple con sus deberes conquista la estimacion pública; el que cede á sus intereses es poco estimado. Haced que los hombres políticos solo piensen en lo que les atañe, y solo tendreis ministros corrompidos y avaros, semejantes á aquellos mutilados esclavos que gobernaban el bajo imperio, y que todo lo vendian al acordarse que ellos tambien habian sido vendidos.

«Reflexionad bien que los intereses solo son poderosos cuando prosperan; si la ocasion no les es propicia, se debilitan. Los deberes nunca son tan enérgicos como cuando cuesta cumplirlos. Yo quiero un principio de gobierno que se engrandezca en la desgracia, porque tendrá mucha semejanza con la virtud.

«¿Qué cosa mas absurda que gritar á los pueblos: «No os sacrificuéis; no tengais entusiasmo; no penseis mas que en vuestros intereses!» Esto sería lo mismo que decirles: «No acudais á nuestro auxilio; abandonadnos, si así conviene á vuestros intereses.» Con semejante política, llegado que sea el instante del peligro, cada cual cerrará su puerta, se asomará á la ventana, y verá morir la monarquía.»

El 3 de diciembre de 1819 volví á subir á la tribuna de la cámara de los Pares, y hablé contra los malos franceses, que podian acarrearlos, por motivos de tranquilidad, la vigilancia de los ejércitos extranjeros. —«Tenemos, por ventura, necesidad de tutores? ¿Por qué se nos habla de circunstancias? ¿Estamos en el caso de recibir, por medio de notas diplomáticas, certificados de buena conducta? ¿Habremos admitido, en relevo de una guarnicion de cosacos, otra guarnicion de embajadores?»

Desde entonces he hablado de los extranjeros como hablé despues de la guerra de España. Yo soñaba con nuestra independencia hasta un punto en que los mismos liberales me combatian. Los hombres opuestos en opiniones meten mucha bulla para llegar hasta el silencio. Dejad que trascurren algunos años, y los actores se retirarán de la escena sin contar con espectadores que los silben ó aplaudan.

AÑO DE MI VIDA 1820.—MUERTE DEL DUQUE DE BERRY.

Acababa de acostarme el 13 de febrero, cuando entró en mi cuarto el marqués de Vibraye para noticiarme el asesinato del duque de Berry. En su precipita-

cion no me dijo el lugar donde habia pasado el suceso, y levantándome precipitadamente, me metí con él en su coche. Quedé sorprendido al ver al cochero que tomaba la calle de Richelieu, y mas admirado aun cuando paramos en la Opera, en cuyos alrededores era inmensa la multitud. Subimos por entre dos filas de soldados, que nos dejaron pasar porque llevábamos el uniforme de pares. Llegamos á una especie de antecámara pequeña, en la cual estaba todá la servidumbre de palacio, y deslizándose hasta la puerta de una habitacion, me encontré frente á frente con el duque de Orleans. Me sorprendió ver en él una expresion en sus ojos mal comprimida de júbilo, al través del continente contrito que se imponía; ya veía desde mas cerca el trono; mis miradas le embarazaron, y dejando el puesto, me volvió la espalda. Enredador mio contaban los detalles del crimen, el nombre del sugeto, las conjeturas de los diversos partícipes en el arresto, y todos estaban agitados, porque los hombres gustan de todo lo que es espectáculo, sobre todo del de la muerte, cuando esta muerte es la de un grande. A cada persona que salía del laboratorio ensangrentado se pedian noticias, y se escuchaba al general A. de Girardin, que habiendo sido dejado por muerto en el campo de batalla, no por eso habia dejado de curar de sus heridas: unos esperaban y se consolaban; otros se afligian, y pronto quedó la multitud en el mayor silencio. De lo interior de la sala salió un rumor sordo, y aplicando mi oído á la puerta, distinguí claramente el estertor: cesó el ruido; ¡la familia real acababa de recibir el último suspiro de un nieto de San Luis! Yo entré inmediatamente.

Figúrese un salon de espectáculo vacío, despues de la catástrofe de una tragedia, el telon levantado, la orquesta desierta, las luces apagadas, las máquinas inmóviles, las decoraciones fijas y ahumadas, los cómicos, los cantantes, las bailarinas desaparecidos por los bastidores y pasajes secretos.

En una obra aparte he publicado la vida y la muerte del señor duque de Berry. Mis reflexiones de entonces son aun hoy día verdaderas.

«Un hijo de San Luis, último vástago de la rama primogénita, escapa á las vicisitudes de un largo destierro; y vuelve á su patria, donde comienza á gustar de la felicidad y se congratula por ver renacer la monarquía en los hijos que Dios le promete. De repente es herido en medio de sus esperanzas, casi en los brazos de su esposa. ¿Va á morir? ¿No podría acusar al cielo, y preguntarle por qué le trata con tanto rigor? ¡Ah, muy perdonable le hubiera sido quejarse de su destino! Porque, en fin, ¿qué mal hacía? Vivía familiarmente en medio de nosotros, en una sencillez perfecta, y se mezclaba en nuestros placeres y consolaba nuestros dolores: ya han perecido seis de sus parientes; ¿por qué matarlo tambien á él, inocente, tan lejos del trono, y veinte y siete años despues de la muerte de Luis XVI? Conozcamos mejor el corazon de un Borbon! Este corazon; partido por el puñal, jamás ha tenido contra nosotros el mas leve murmullo, ni jamás ha expresado un sentimiento de la vida ni una palabra amarga. ¡Esposo, hijo, padre y hermano, presa de todas las angustias del alma, de todos los padecimientos del cuerpo, no cesa de pedir gracia para el hombre á quien no llama siquiera su asesino! El carácter mas impetuoso se convierte de repente en el carácter mas dulce. Es un hombre apegado á la existencia por todos los lazos del corazon; es un príncipe en la flor de la edad; es el heredero del mas hermoso reino de la tierra el que espira, y sin embargo, diriais al verle que es un desgraciado que nada pierde aquí abajo.»

El asesino Louvel era un hombrecillo de aspecto sucio y asqueroso, como se ven millares de ellos en las calles de París. Es probable que Louvel no forma

se parte de ninguna sociedad; era de una secta, pero no de un complot; pertenecía á una de esas conjuraciones de ideas, cuyos miembros se pueden reunir algunas veces, pero que obran mas frecuentemente uno á uno, segun su impulso individual. Su cerebro nutria un solo pensamiento, como un corazon que alimenta una sola pasion. Su accion era consecuente con sus principios, y hubiera querido matar la raza entera de un solo golpe. Louvel tiene admiradores lo mismo que Robespierre. Nuestra sociedad material, cómplice de toda empresa material, ha destruido pronto la capilla alzada en expiacion de un crimen. Tenemos el horror del sentimiento moral, porque en él se ve el enemigo y el acusador: las lágrimas habrian parecido una recriminacion, y habianse apresurado á quitar á algunos cristianos una cruz para llorar.

El 18 de febrero de 1821, *El Conservador* pagó el tributo de su sentimiento á la memoria del duque de Berry. El artículo terminaba con este verso de Racine.

«Si du sang de nos rois quelque goutte échappée!

¡Ay, esta gota de sangre se consume en tierra extranjera!

Mr. Decazes cayó. La censura llegó, y á pesar del asesinato del duque de Berry, voté contra ella; y no queriendo que *El Conservador* se manchase con ella, di fin á esa publicacion por este apóstrofe al duque de Berry:

«¡Príncipe cristiano, digno hijo de San Luis! ¡Vástago ilustre de tantos monarcas, antes que hayais bajado á la última morada, recibid nuestro último homenaje! Gustábais y leíais una obra que la censura va á destruir, y algunas veces nos habeis dicho que esa obra salvaba el trono; ¡ay, no hemos podido salvar vuestros días! Vamos á dejar de escribir en el momento en que vos dejais de existir, y así tendremos el doloroso consuelo de unir el fin de nuestros trabajos al fin de vuestra vida.»

NACIMIENTO DEL DUQUE DE BURDEOS.—LAS MUJERES DEL MERCADO DE BURDEOS.

El duque de Burdeos vino al mundo el 29 de setiembre de 1820. El recién nacido fue llamado el *hijo de la Europa y el hijo del milagro*, en tanto que llegaba á ser el hijo del destierro.

Algun tiempo antes del parto de la princesa, tres mujeres del mercado de Burdeos, en nombre de todas sus compañeras, quisieron regalarle una cuna, y me eligieron á mí para que las presentase, á ellas y á su cuna, á la señora duquesa de Berry. Las mujeres Darté, Duranton y Aniche me hablaron del caso, y yo me apresuré á pedir á los gentiles-hombres de servicio la audiencia de etiqueta; pero Mr. de Sezé creyó que le correspondia semejante honor. Estaba decidido que yo no haria jamás negocio en la corte, y como aun no estaba reconciliado con el ministerio, no parecí digno del cargo de introductor de mis humildes embajadoras.

Todo esto se convirtió en un negocio de Estado, del cual se ocuparon los diarios: las damas bordelesas tuvieron conocimiento de ello, y me escribieron con este motivo la carta que sigue:

Burdeos 24 de octubre de 1820.

«Señor vizconde: Os debemos mil gracias por la bondad que habeis tenido de poner á los piés de la señora duquesa de Berry nuestra alegría y nuestros respetos; por esta vez al menos no se os habrá impedido el ser nuestro intérprete. Hemos sabido con la mayor pena el escándalo que el señor conde de Sezé

ha dado en los periódicos, y si hemos guardado silencio, es porque hemos temido causaros disgusto. Sin embargo, señor vizconde; nadie mejor que vos puede rendir homenaje á la verdad, y sacar de error al señor de Sezé sobre nuestras verdaderas intenciones en la eleccion de un introductor cerca de S. A. R. Os prometemos declarar en el periódico que digais todo lo que ha pasado; y como nadie tenia el derecho de elegirnos un guia, y como hasta el último momento nos congratulábamos con que seriais vos ese guia, lo que nosotras declarasemos sobre este punto seria lo necesario para hacer callar á todo el mundo.

«A esto estamos decididas, señor vizconde; pero hemos creído que era deber nuestro no hacer nada sin vuestro parecer. Contad con que publicaríamos de todo corazon los buenos procederes que habeis usado con todo el mundo sobre el asunto de nuestra presentacion. Si nosotras somos la causa del mal, aquí estamos dispuestas á repararlo.

«Somos y seremos siempre, señor vizconde, vuestras humildes y respetuosas servidoras.

«DARTE, DURANTON, ANICHE.»

A estas generosas mujeres, que tampoco se parecian á las grandes señoras, respondí en estos términos:

«Os doy gracias por la oferta que me haceis de publicar en un periódico todo lo que ha pasado relativamente á Mr. de Sezé. Sois unas excelentes realistas, y yo tambien soy un buen realista; pero debemos acordarnos antes de todo que Mr. de Sezé es un hombre respetable, y que ha sido el defensor de nuestro rey. Esta bella accion no se borra por un leve movimiento de vanidad; así, pues, guardemos silencio, pues me basta vuestro buen testimonio para con mis amigos. Ya os he dado gracias por vuestros excelentes frutos: Mad. de Chateaubriand y yo comemos todos los días vuestras castañas hablando de vosotras.

«Mi mujer os dice mil cosas, y yo soy vuestro servidor y amigo,

«CHATEAUBRIAND.»

París 2 de noviembre de 1820.

Pero, ¿quién piensa hoy en estos fútiles debates? Las alegrías y las fiestas del bautismo están lejos y detrás de nosotros. Cuando nació Enrique el día de San Miguel, ¿no se decía que el arcángel iba á poner el dragon á sus piés? Es de temer, por el contrario, que la ardiente espada se haya desenvainado para hacer salir al inocente del Paraíso, y para guardar sus puertas contra él.

HAGO ENTRAR Á MR. DE VILLELE Y Á MR. DE CORBIERE EN SU PRIMER MINISTERIO.—MI CARTA AL DUQUE DE RICHELIEU.—BILLETE DEL DUQUE DE RICHELIEU Y MI RESPUESTA.—BILLETE DE MR. DE POLIGNAC.—CARTAS DE MR. DE MONTMORENCY Y DE MR. PASQUIER.—SOY NOMBRADO EMBAJADOR EN BERLIN.—SALGO PARA ESTA EMBAJADA.

Entre tanto, los sucesos que se complicaban nada decidían aun. El asesinato del duque de Berry habia producido la caída de Mr. Decazes, lo cual no sucedió sin disgustos. El duque de Richelieu no consintió en aligir á su viejo amo sino despues de una promesa de Mr. Molé de dar á Mr. Decazes una mision lejana. Salió para la embajada de Londres, en que yo debia reemplazarle. Pero nada estaba concluido; Mr. de Villele permanecia retirado con su fatalidad, Mr. de Corbiere. Yo tambien, por mi parte, presentaba un grande obstáculo; Mad. de Montcalm no ce-

saba de comprometerme á la paz, á la cual estaba yo muy dispuesto, queriendo sinceramente salir de los negocios que me acosaban y hácia los cuales tenia un soberano desprecio. Mr. de Villele, aunque mas dócil no era fácil de manejar.

Dos maneras hay de ser ministro; una bruscamente y á la fuerza, y otra en virtud del tiempo y de la astucia: la primera no estaba al uso de Mr. de Villele, pues lo cauteloso excluye lo enérgico, aunque se está mas seguro y menos expuesto á perder la plaza que se ha ganado. En general, se llega á los negocios en virtud de lo que se tiene de mediano, y se permanece en ellos en virtud de lo que se tiene de superior: esta reunion de elementos contrarios es la cosa mas rara, y por eso hay tan pocos hombres de Estado.

Mr. de Villele tenia precisamente las cualidades que le presentaban abierto el camino, y dejaba hacer ruido enredador suyo, para recoger el fruto del espanto que se apoderaba en la corte. Algunas veces pronunciaba discursos belicosos, pero donde algunas frases dejaban traslucir la esperanza. Yo pensaba que un hombre de su especie debia comenzar por entrar en los negocios, de cualquier modo que fuera. Parecíame que le era necesario primero ser ministro sin cartera, á fin de poder obtener un día la presidencia misma del consejo. Esto le daría un renombre de moderacion, y se haria evidente que el jefe parlamentario de la oposicion realista no era un ambicioso, toda vez que consentia, por amor á la paz, en hacerse tan pequeño. Todo hombre que ha sido ministro, no importa cómo, lo vuelve á ser, pues un primer ministerio es el escalon del segundo, y queda sobre el individuo que ha vestido el uniforme bordado un olor á *cartera*, que tarde ó temprano se le vuelve á encontrar.

Mad. de Montcalm me habia dicho de parte de su hermano que ya no habia ministerio vacante; pero que si mis dos amigos querian entrar en el consejo como ministros de Estado sin cartera, el rey quedaria muy satisfecho, prometiendo mas para lo sucesivo: la ilustre dama añadía que si yo queria retirarme, seria enviado á Berlin. Yo le respondí que en cuanto á mí, siempre estaba dispuesto á marchar; pero que no aceptaria un destino si Mr. de Villele no aceptaba su entrada en el consejo. Tambien hubiera querido colocar á Mr. Lainé cerca de mis dos amigos, y me encargué de la triple negociacion. Yo me habia hecho el señor de la Francia política por mis propias fuerzas, y nadie dada que fui yo el que hizo el primer ministerio de Mr. de Villele, y el que empujó al corregidor de Tolosa en la carrera.

Yo encontraba en el carácter de Mr. Lainé una obstinacion invencible. Mr. de Corbiere no queria una entrada simple en el consejo, pero yo lo contemplaba, con la esperanza de que alcanzaria la cartera de instruccion pública. Hé aquí las pruebas irrecusables de lo que acabo de contar: documentos fastidiosos sobre hechos justamente pasados en olvido, pero muy útiles á mi propia historia.

20 de diciembre á las tres y media.

Al señor duque de Richelieu.

«He tenido el honor de pasar á vuestra casa, señor duque, para daros cuenta del estado de las cosas; todo marcha á las mil maravillas. He visto á los dos amigos: Villele consiente al fin en ser ministro secretario de Estado sin cartera, si Corbiere consiente en entrar con el mismo título con la direccion de instruccion pública. Corbiere, por su parte, quiere entrar con estas condiciones, mediante la aprobacion de Villele. Así, ya no hay dificultades: acabad vuestra obra, señor duque; ved á los dos amigos, y cuando hayais oido de su propia boca lo que os escribo, da-

reis á la Francia la paz interior, como ya le habeis dado la paz con los extranjeros.

«Permitidme que os someta una idea; ¿encontraríais un gran inconveniente en dar á Villele la direccion vacante por la retirada de Mr. de Barante? De ese modo seria colocado en una posicion mas igual con su amigo. Sin embargo, me ha dicho positivamente que consentiria en entrar en el consejo sin cartera, si se daba á Corbiere la instruccion pública. Solo digo esto como un medio mas de satisfacer completamente á los realistas, y de asegurarnos una mayoría inmensa y firme.

«Tendré, por fin, el honor de hacerlos observar que mañana por la noche tendrá lugar en casa de Piet la gran reunion realista, y que seria muy útil que los dos amigos pudiesen decir alguna cosa que calme todas las efervescencias é impidiese todas las divisiones.

«Como yo estoy, señor duque, fuera de todo este movimiento, espero que solo vereis en mí la lealtad de un hombre que desea el bien de su país y vuestros triunfos.

«Recibid, señor duque, la seguridad de mi distinguida consideracion.

«CHATEAUBRIAND.»

Miércoles.

«Acabo de escribir, caballero, á Mr. de Villele y á Mr. de Corbiere, invitándolos á pasar esta noche á mi casa, porque en una obra tan útil no debe perderse un momento. Os doy gracias por haber hecho marchar el negocio tan pronto, y espero que llegaremos á una feliz conclusion.

«Estad persuadido, caballero, del placer que tengo en deberos esta obligacion, y recibid la seguridad de mi alta consideracion.

«RICHELIEU.»

«Permitidme, señor duque, felicitaros por la feliz conclusion de este gran negocio, y aplaudirme por haber tenido en él alguna parte. Es muy conveniente que los decretos aparezcan mañana, pues haran cesar todas las oposiciones.

«Tengo el honor, señor duque, de renovaros la seguridad de mi consideracion.

«CHATEAUBRIAND.»

Viernes.

«He recibido con extremado placer el billete que el señor vizconde de Chateaubriand me ha hecho el honor de escribirme, y creo que no tendrá que arrepentirse de haber contado con la bondad del rey y con mi deseo de contribuir á lo que pueda serle agradable. Le suplico reciba la seguridad de mi consideracion.

«RICHELIEU.»

Hoy jueves.

«Sin duda sabeis, mi noble colega, que el negocio ha sido concluido ayer noche á las once, y que todo se ha arreglado sobre las bases convenidas entre vos y el duque de Richelieu: vuestra intervencion nos ha sido muy útil: gracias os sean dadas por ello.

«Vuestro afectísimo,

«J. DE POLIGNAC.»

París, miércoles 20 de diciembre á las once y media de la noche.

«Acabo de pasar por vuestra casa, y ya estabais recogido, noble vizconde; llego de casa de Villele, que

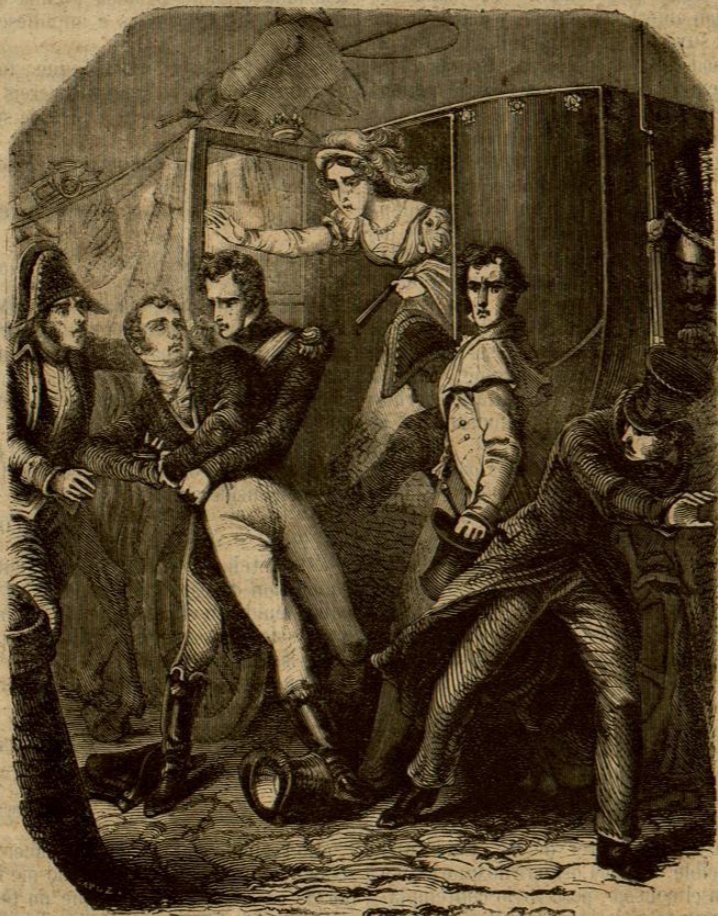
tambien se ha retirado tarde de la conferencia que le habiais preparado y anunciado. Me ha encargado, como mas próximo vecino vuestro, haceros saber lo que Corbiere queria tambien haceros saber por su parte: que el negocio que realmente habeis conducido y manejado está decidido de la manera mas sencilla y breve: *él sin cartera*; su amigo *con la instruccion pública*. Vos sois realmente quien les ha abierto la entrada en esta nueva carrera, y cuentan con vos para allanar sus dificultades. Por vuestra parte, durante el poco tiempo que tengamos la ventaja de conservaros entre nosotros, hablad á vuestros mas firmes amigos

en el sentido de secundar, ó al menos de no combatir los proyectos de union. Buenas noches. Asi debeis arreglar la Alemania para volver pronto al lado de vuestros amigos.

»Os renuevo todos mis sentimientos.

»M. DE MONTMORENCY.»

«Adjunta va, caballero, una peticion dirigida por un guardia de corps del rey al rey de Prusia; me ha sido remitida y recomendada por un oficial superior, y os suplico que hagais uso de ella, si os parece,



ASELINATO DEL DUQUE DE BERRI.

cuando hayais examinado un poco el terreno en Berlin, que puede obtener algun éxito.

»Me aprovecho de esta ocasion para felicitaros con vos de *El Monitor* de esta mañana, y para daros gracias por la parte que habeis tenido en esta feliz conclusion, que espero tendrá sobre los negocios de nuestra Francia la mas dichosa influencia.

»Tened á bien recibir la seguridad de mi alta y sincera consideracion.

»PASQUIER.»

Esta serie de billetes muestra bastante que no he exagerado la parte que tuve en estas negociaciones.

Revisado en diciembre de 1846.

AÑO DE MI VIDA 1821. — EMBAJADA DE BERLIN. — LLEGO A BERLIN. — MR. ANCLLON. — FAMILIA REAL. — FIESTAS POR EL MATRIMONIO DEL GRAN DUQUE NICOLÁS. — EL CONDE DE HUMBOLDT. — MR. CHAMISSO.

Salí de Francia, dejando á mis amigos en posesion de una autoridad que les habia comprado á precio de mi ausencia; fui un Licurgo en pequeño. Lo que habia de mejor es que el primer ensayo que habia hecho de mi fuerza política me devolvía mi libertad. En el

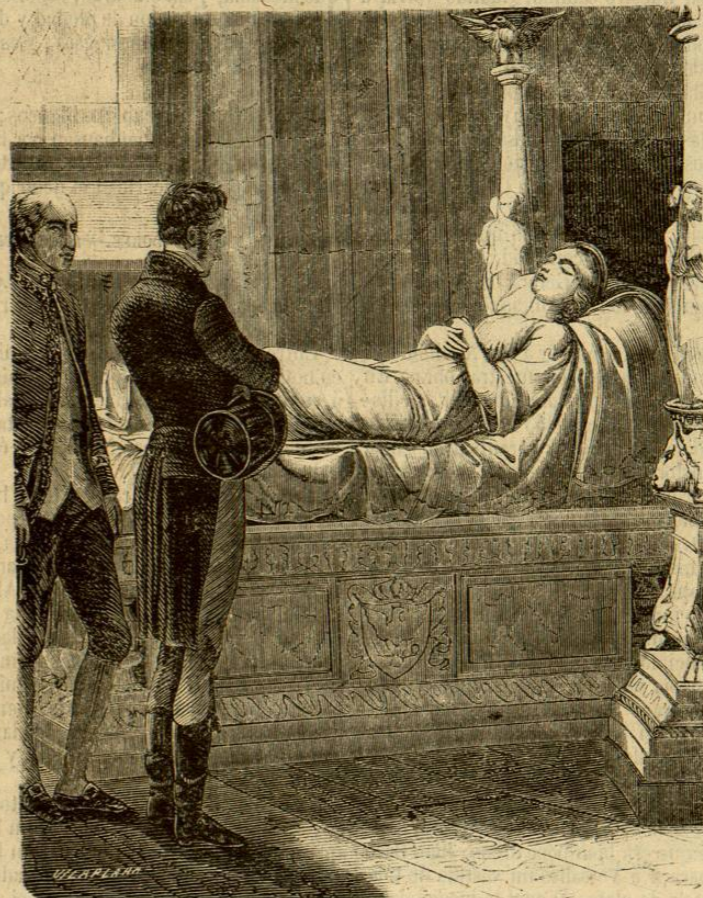
fondo de esta posicion, nueva á mi persona, veia no sé qué novelas confusas entre realidades. ¿No habia nada en las córtes? ¿No eran soledades de otra especie? Tal vez eran Campos-Eliseos con sus sombras.

Salí de Paris el 4.º de enero de 1821: el Sena estaba helado, y por la primera vez de mi vida viajaba con los refuerzos del dinero. Poco á poco volvia de mi desprecio hácia las riquezas, y comenzaba á sentir que era bastante dulce rodar en un buen carruaje, ser bien servido, no tener que ocuparse de nada y ser precedido por un enorme cazador de Varsovia, siempre hambriento, y que, á falta de los Czares, él solo hubiera devorado la Polonia. Pero pronto me habitué á mi dicha; tenia el presentimiento de que duraria

poco, y que pronto seria apeado como era conveniente. Antes de haber llegado á mi destino solo me quedaba del viaje mi gusto primitivo por el viaje mismo; gusto de independencia; satisfaccion de haber roto los lazos de la sociedad.

Ya vereis, cuando vuelva de Praga en 1833, lo que digo de mis recuerdos del Rhin: á causa de los hielos me ví obligado á subir sus orillas y á atravesarlo mas arriba de Maguncia. No me ocupé ni un momento de *Maguncia* ni de su arzobispado, ni de la *imprensa*, por quien sin embargo reinaba yo. Francfort, ciudad de los judíos, solo me detuvo para uno de sus negocios: un cambio de moneda.

El viaje fue triste; el camino estaba lleno de nieve y



CHATEAUBRIAND CONTEMPLANDO EL SEPULCRO DE LA REINA DE PRUSIA.

de escarcha colgada en las ramas de los pinos. Jena se me apareció á lo lejos con los vestigios de su doble batalla, y atravesé á Erfurt y á Weimar. En Erfurt faltaba el emperador; en Weimar habitaba Goethe, á quien tanto habia admirado, y á quien admiro mucho menos: el cantor de la materia vivia, y su antiguo polvo se modelaba aun alrededor de su genio. Hubiera podido ver á Goethe, pero no lo ví, y deja así un vacío en la procesion de personajes célebres que han desfilado ante mis ojos.

El sepulcro de Lutero en Wurtemberg tampoco me

tentó: el protestantismo solo es en religion una hereja ilógica, y en política una revolucion abortada. Despues de haber comido, pasando el Elba, un panecillo negro petrificado, hubiera tenido necesidad de beber en el gran vaso de Lutero conservado como una reliquia. Atravesando luego á Postdam y el Sprée, rio de tinta sobre el cual se arrastran barcos guardados por un perro blanco, llegué á Berlin. Allí vivió, como he dicho, *el falso Juliano en su falsa Atenas*, y en vano busqué el sol del monte Hymeto. En Berlin he escrito el libro IV de estas *Memorias*, en el cual ha-